

Ascensión Rivas Hernández, *Baroja (& Yo). Mujeres barojianas*

Giovanna FIORDALISO
Università della Tuscia

Dentro del proyecto de la editorial navarra Ipso, dirigida por Joaquín Ciáurritz, acaba de publicarse *Mujeres barojianas*, el tercer número de la colección ‘Baroja & Yo’: se trata de 25 libros de bolsillo en los que autores, estudiosos, críticos reflexionan, con un enfoque autobiográfico, sobre su relación con el escritor vasco y el recuerdo de sus primeras lecturas, y proponen un breve ensayo sobre una de las muchas obras de Pío Baroja. Cada libro incluye, además, una tarjeta en su interior con un diseño realizado a partir de imágenes obtenidas por el fotógrafo Pedro Pegenaute en lugares donde el novelista vivió o ambientó sus obras.

Después de *Lúcida melancolía*, de la escritora y académica de la lengua Soledad Puértolas, y de *Un anarquista de derechas*, del poeta Luis Antonio de Villena, la colección se enriquece con la contribución de la profesora salmantina Ascensión Rivas Hernández, docente de Teoría de Literatura en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca, quien permite acercarnos con una mirada inédita a algunos de los cuentos recogidos en *Vidas sombrías*, colección de cuentos que Baroja publica en 1900.

La intención de Rivas Hernández, en línea con el tipo de lectura que este proyecto editorial ambiciona realizar, es la de romper uno de los *topoi* que la crítica ha formulado sobre Baroja a lo largo de las décadas, describiéndolo como misógino, para proponer otra imagen del autor vasco, que en toda su carrera escribió páginas donde viven mujeres independientes y autónomas, heroínas libres a pesar de los límites impuestos por una sociedad que pensaba en la mujer sólo como madre y ángel del hogar, al lado y al servicio de su pareja.

Mujeres barojianas (Pamplona: Ipso, 2017) se abre con dos epígrafes: la primera es una cita de “Versiones de la memoria”, artículo que Fernando Aramburu publicó en *El Mundo* en 2017, que subraya lo subjetivo y lo individual de cada acto de escritura:

La mano que pone por escrito los sucesos colectivos las mueve un individuo a partir de su mayor o menor dominio del medio de expresión, de sus gustos y preferencias, de sus juicios y convicciones, y hasta de su estado de ánimo; a veces, sí, jugándose la reputación, el puesto de trabajo, incluso la vida. La mera selección de los detalles dignos de integrar el testimonio supone una intervención en la sustancia misma del relato, no digamos ya cuando se da el paso inevitable de asociarlos a una interpretación. No hay, pues, historia enteramente objetiva, ni tan siquiera en la parte relativa a la consignación de los datos verificables.

Una idea, como veremos, exquisitamente barojiana.

La segunda procede del prólogo *Cambio de valores* que Azorín, amigo y lector atento y aficionado de la escritura barojiana, escribió refiriéndose a la primera obra de Baroja, *Vidas sombrías*, y afirmando lo peculiar de su palabra: “El mundo creado por Baroja es grande; el sentido que Baroja tiene de la vida es un sentido humano. Con Baroja estamos como en un lugar seguro; Baroja nos da la seguridad de lo elemental, de lo espontáneo, de lo primigenio”.

Con estas dos citas, Rivas Hernández nos da una indicación de lectura: Baroja entendió la literatura como refugio o como forma de vida, como aventura que hay que vivir de una forma subjetiva, y por lo tanto parcial, pero que nos devuelve a este lugar seguro, constituido por lo elemental, lo espontáneo y lo primigenio. Para descubrir y apreciar estas características, sin embargo, hay que emprender un camino complejo, abandonando los estereotipos que tildaron al escritor de misógino, antivasco, descuidado en su estilo, entre otros, y volviendo a leer sus textos –todos– sin prejuicios o ideas preconcebidas.

Es lo que propone Rivas Hernández en la primera parte de su libro: ella misma, lectora y estudiosa de literatura, nos cuenta sus primeras lecturas, entre ellas las barojianas, en su educación familiar y en los años del Instituto, su relación con *El árbol de la ciencia* y otras obras de Baroja cuando estudiaba en la Universidad. Con el doctorado, y siguiendo las indicaciones de su director, Ricardo Senabre, empieza a estudiar detenidamente las obras barojianas, sorprendiéndose por las muchas ocasiones en las que Baroja reflexiona sobre la escritura y empezando a entender que era menester leer y valorar de otra manera su escritura, sin dar nada por sentado.

Este distinto planteamiento se concretiza en su tesis doctoral: *Pío Baroja. Aspectos de la técnica narrativa*, que es el fruto del estudio de los textos de Baroja visto como autor entregado a su oficio, prolífico, complejo, profundo y cuidadoso. A este ensayo siguen otros trabajos de vario corte: como siempre ocurre con cualquier escritor, y muy en particular con los ‘grandes’ que ya se consideran clásicos, hay que contextualizar cada palabra, cada página, cada obra en su momento, considerando el proceso de elaboración, las experiencias y las relaciones que marcaron aquella temporada y el intento –explícito, pero al mismo tiempo implícito– del autor en cada situación textual.

Este enfoque es el que Rivas Hernández ha ido atinando a lo largo de sus experiencias como estudiosa de Pío Baroja, y que nos cuenta en esta primera parte de su libro: Baroja y su producción –afirma– representan una ruptura radical con la escritura decimonónica; realizan una imagen subjetiva de la realidad, observada desde el interior del yo y con una carga simbólica que el lenguaje devuelve con un estilo muy personal.

Con estas premisas, y con esta experiencia tan personal como lectora de la obra barojiana, a la que se une el punto de vista de la estudiosa de literatura, la segunda parte del libro presenta las *Figuras femeninas en los cuentos*, con una cita en epígrafe de Julián Marías: “Pocas cosas hay más conmovedoras y aún deliciosas que las figuras barojianas de mujer”. La prestigiosa opinión de Julián Marías abre la reflexión sobre

las mujeres creadas por Baroja en sus obras, y en particular en sus cuentos, experiencias juveniles en los años de aprendizaje literario.

Para empezar, Rivas Hernández se pregunta de dónde procede el *topos* de un Baroja misógino y reconstruye escrupulosamente los varios pasos: Silverio Lanza, en ocasión del banquete que se le dio al novelista tras la publicación de *Camino de perfección* en 1902, afirmó que el defecto de la novela era la carencia de mujeres, y de mujeres verdaderas. Una idea parecida está presente en un ensayo que Ignacio Elizalde publica en 1975, donde declara que Baroja no ha penetrado en la psicología de la mujer y que en sus novelas casi no aparecen mujeres. De aquí, la hostilidad de Baroja hacia lo femenino, en la opinión del crítico, opinión que otros vuelven a profundizar.

Sin embargo, los mismos textos de Baroja desmienten dichas afirmaciones: baste con pensar en María Aracil, protagonista de *La dama errante* y de *La ciudad de la niebla*, por ejemplo, o Filo en *La sensualidad pervertida*, o las protagonistas de muchos cuentos recogidos en *Vidas sombrías*, o en la colección de *Cuentos*, de 1916.

Mari Belcha, Águeda, María Luisa, Marichu, la *dama de Urtubi* Leonor de Alzate, junto a otras figuras femeninas anónimas presentes en estos cuentos, expresan sentimientos, estados de ánimo, inquietudes: son portavoces de una interioridad honda y compleja y protagonizan episodios en cuentos de varia tipología y naturaleza. En algunos casos, se trata de estampas líricas en las que prevalece el carácter poético; en otros, el comentario existencial se une a la condición de la mujer misma: en ambos, el ambiente social, el paisaje y el tiempo tienen un carácter simbólico muy fuerte para presentarnos mujeres que viven “bajo el signo de la resignación”, aceptando “con paciencia lo que la vida le ha deparado” (p. 90). Pero hay incluso cuentos más tradicionales, con episodios y una intriga desarrollada, en los que la mujer es fuerte, autónoma e independiente, como Leonor, protagonista de *La dama de Urtubi*.

La mujer es madre, hermana, amante, compañera, en muchos casos víctima de la violencia o del egoísmo masculino, casi siempre una personalidad vista en su soledad: estos son algunos de los matices que Baroja explota para representar el mundo femenino, que sin duda alguna le fascinó y que quiso representar más allá de las reglas y de las convenciones, como siempre ocurre a lo largo de su escritura. Una mirada comprensiva hacia la mujer, y en algunos casos la narración de hechos en los que el narrador toma partido, son los rasgos peculiares de estos cuentos:

Son, en general, mujeres bondadosas, de costumbres sencillas. [...] A menudo, Baroja se fija en ellas y las mira desde el respeto y el cariño, con una actitud tierna y comprensiva sobre su condición de mujeres, esposas o madres, analizando las relaciones de pareja, la maternidad y el tema del amor. [...] Y al reflexionar sobre distintos modelos, defiende que las mujeres no sean esclavas de los hombres o tengan un papel subsidiario de ellos; por el contrario, defiende las culturas que permiten su independencia para que puedan cumplir con su vocación al margen de cualquier figura masculina. (pp. 90-91)

Con estas palabras, se cierra el comentario que Rivas Hernández propone sobre algunos de los cuentos de Baroja.

Su libro es por eso una aportación llamativa en el mundo de la crítica barojiana, tanto cuanto los demás números de la colección. Evitando cualquier tipo de enfoque hagiográfico, la experiencia autobiográfica de la lectura de los textos de Baroja se refleja en una etapa vital de la estudiosa y se convierte en el primer paso para trasladarnos hacia un territorio original, el de páginas poco conocidas, que merecen un estudio pormenorizado para entender más a fondo no sólo la prolífica producción del autor vasco, sino, al mismo tiempo, sus relaciones con otros autores, con su época, con su generación, y las características de un género, el cuento literario, que alcanzó en este principio del siglo XX una madurez nunca vista antes.

Dejémonos conducir pues por las palabras de Pío Baroja para descubrir este lugar seguro, sencillo y primigenio que es la literatura, un refugio en el que podemos ensimismarnos para conocernos mejor a nosotros mismos, así como nuestro mundo y nuestra época.